

CANCIÓN DE CORRO

[HOY, 15 de diciembre de 1956]

Hay en nuestro pueblo, como en casi todos los pueblos, una placita recoleta, solitaria, silenciosa. Esta placita de llana, de vez en vez, al atardecer, de sonoridades infantiles. Forman su ámbito unas viviendas bajas, encaladas, refulgentes, con esa cegadora blancura que las amas puntillosas ponen con esmero en las fachadas de sus casas. A un extremo álzase una ermita blanca –la ermita de los Mártires; en numerosos pueblos del contorno señala el historiador Solano de Figueroa la existencia de una ermita “de los Mártires- que tiene una grácil espadaña y una ábside redondo, voluminoso. En el paseo central de la placita circundado por un parapeto coronado de ladrillos rojos, desportillados, vegetan miserablemente, aquí y allá, unas acacias; estas acacias tienen ya su fronda amarillenta, seca, caediza. El sol de la tarde, de una dorada tristeza otoñal, adquiere en las hojas de estos árboles un tono pálido, cobrizo; a la menor agitación el viento cae la hojarasca al suelo con un leve, con un levísimo rumor de laminillas metálicas. Hay ahora, cuando nos detenemos en la placita, unas niñas jugando al corro. La melodía dulce, monorrítmica, insistente, de sus canciones, suena en la quietud de la tarde con una expresión de inefable melancolía. Estas canciones infantiles tienen siempre en sus temas, en su ritmo, en sus cadencias, una dulcedumbre triste, como el quejido mimoso de la brisa al rozar en la enramada de un jardín abandonado. Aletea en sus versos, aterciopelada, la ilusión de un erotismo inocente, la pena de una muerte prematura, la romancesca alusión de un caballero galán y guerrero, la historia embellecida por la fantasía infantil. Y todo ello con la poética sugestión que emana del candor de unos labios pueriles, que son roja y fresca fuente de un aire puro, alquitarado. Pero, ¡oh dolor!, esta fuente brota cada vez más de tarde en tarde; se oyen actualmente pocas canciones infantiles; escúchanse, en cambio coplas de moda, indelicadas, estridentes, y llegará el momento, si no se pone remedio, en que el cancionero popular de los niños quede exhausto, extinto. La Escuela debería cultivar, con especial cariño, en sus recreos, la gracia –movimiento y canción- del corro infantil. En la placita – ya lo hemos dicho – unas niñas juegan al corro; han enlazado sus manos y ha vibrado en el aire el cristal de sus voces. En su repertorio tienen canciones finas, delicadas; canciones profundamente sentimentales, canciones henchidas de honda nostalgia. Quizás esa nostalgia se agudiza en nosotros, con el recuerdo de otros paseos con acacias, de otros suelos en que la fina arena dorada crujía bajo nuestros pies con nuestros juegos... De pronto una de las niñas del grupo ha sugerido la letra y todas han cantado a coro:

¿Dónde vas Alfonso XII?
¿Dónde vas triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi

Hay, indudablemente, una expresión de honda pena en este romance con sabor de tragedia antigua, en el cual, el pueblo español, sobrecogido por la muerte de su joven reina, plasmó su sentir en una nueva versión del clásico romance de la esposa muerta, que vemos empleado por Vélez de Guevara en “Reinar después de morir”, y Guillén de Castro en su “Tragedia por los celos”. Se llora en la primera de estas obras la muerte de doña Inés de Castro, esposa del rey Pedro de Portugal, y en la segunda, a doña María de Híjar, amada de Alfonso V de Aragón. Plañe el romance decimonónico la muerte súbita, prematura de la reina Mercedes. Esta reina

Mercedes, María de las Mercedes, Mercedes de Orleáns –todos lo sabéis-, interesó viva, profundamente, a su primo el rey Alfonso XII; su idilio, sobrepujando inquinas familiares, tuvo perfume de aurea leyenda; su elección por el monarca para ser elevada al trono, se estudió, como acontece siempre con las presuntas reinas, en el seno de la política asamblea; alzaronse en ella voces repudiando el enlace por considerarlo inconveniente. Este repudio no fue, no podía ser, a su persona; uno de los impugnadores, Claudio Moyano, jefe de los moderados, en su alegato en contra, hizo, galante, la salvedad: “La infanta doña Mercedes está completamente fuera de la cuestión; los ángeles no se discuten”. Y en esta frase, en esta frase feliz de Claudio Moyano, está el mejor panegírico de la reina Mercedes. Su presencia en la Historia fue, en efecto, como la de un ángel, leve, alada, sin huella perceptibles para los infolios; la gentileza, la dulzura, la caridad, que tanto en ella brillaron, son atributos preferentemente poéticos. Por eso María de las Mercedes ha quedado como reina solamente en la poesía, en la leyenda, para que la canten voces puras en al aire malva de la tarde, cuando el profundo silencio de los pueblos comienza a quebrarse con el bucólico sonar de las esquilas...